

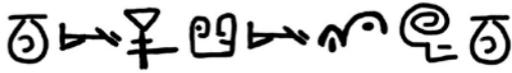
La Leyenda de Laridia

Marcos Vázquez

Premio Bartolomé Hidalgo 2012
en la categoría Literatura Infantil y Juvenil

loquele_o

La tormenta



Martín observaba con preocupación cómo su abuelo luchaba sin éxito contra la tormenta. El pequeño velero se movía sin cesar mientras las olas castigaban con fuerza la cubierta.

—Te dije que esperaras abajo —rezongó Pedro, al ver que su nieto intentaba ayudarlo.

Martín no estaba dispuesto a dejarlo solo. Desde que era pequeño lo acompañaba todos los veranos en las travesías por el mar. Cada año, después de terminar las clases, empezaban una nueva aventura juntos. Se embarcaban en el *María Bonita*, y recorrían diferentes puertos y ciudades hasta mediados del mes de febrero.

—¿No escuchaste lo que te dije?

Lo tomó del brazo y lo obligó a descender por las escaleras en dirección a la cabina.

—Pero abuelo, ¡ya tengo edad suficiente para ayudarte! —protestó—. ¡No me trates como a un niño!

Pedro sabía que Martín ya no era un niño, acababa de terminar segundo año de liceo, pero no podía permitir que algo malo le sucediera. Esa no era una tormenta

como cualquier otra; la había estado esperando por muchos años.

—No hay nada que podamos hacer afuera —respondió.

Apoyándose en la pared para no caerse, se sacó como pudo el impermeable, lo colgó, y se recostó en el banco que rodeaba una pequeña mesa ovalada.

Martín se sentó frente a él.

10 Aun sentados les resultaba difícil mantener el equilibrio. El barco se bamboleaba de un lado a otro al compás del viento y de las olas.

Un viejo reloj indicaba que faltaban pocos minutos para la medianoche.

—Es muy extraño —dijo Martín—. Revisamos el pronóstico meteorológico hace cinco horas y no había ninguna alerta.

—Los de meteorología se equivocan todo el tiempo.

Martín se sorprendió con la respuesta; su abuelo le había enseñado que las predicciones del clima resultaban vitales para cualquier viaje por el mar.

Sosteniéndose en la mesa, Pedro abrió un cajón, tomó la pipa y se dispuso a llenarla con tabaco. El muchacho lo observaba. Solo la utilizaba cuando estaba nervioso.

—¿Qué pasa, Abu?

—¿Qué te hace pensar que sucede algo? —respondió mientras la encendía.

—Te has comportado raro desde que partimos de Punta del Este. Llevamos tres días de viaje y cada vez

nos alejamos más de la costa. ¿Tenemos pensado llegar a África? —en su voz había una pizca de ironía.

Pedro soltó una carcajada mezclada con el humo.

—¡Me descubriste!

—¡Vamos! Hablo en serio —rezongó Martín.

El viejo lo contempló en silencio durante algunos segundos. Pensó si sería el momento indicado para contarle lo que planeaba. Martín lo observaba con impaciencia.

—Está bien, está bien... —lo tranquilizó—. Es una larga historia.

—No hay problema; tenemos algo de tiempo antes de irnos al fondo del océano.

El muchacho todavía tenía ánimo para bromear.

Apenas terminada la frase, una ola golpeó el casco de la nave y la sacudida provocó que ambos cayeran al suelo. Martín se levantó rápido y asistió a su abuelo.

—¿Estás bien, Abu?

Pedro asintió con la cabeza antes de responder.

—Creo que vamos a tener que atarnos para dormir —dijo.

A Martín no le gustaba la idea, pero sabía que era lo adecuado.

Se apresuraron a dirigirse al camarote antes de que volvieran a caerse. El cuarto se comunicaba con la sala a través de una pequeña puerta de madera. Dos tablas incrustadas en las paredes servían como camas. Los colchones eran tan angostos que se confundían con sobres de dormir.

—¡Rápido, Tin! Antes de que sea demasiado tarde.

Solo su abuelo lo llamaba así. Toda la vida había sido el pequeño «Tin» para él.

—No es nuestro primer temporal en el mar —protestó, mientras lo ayudaba a sujetarse con unas cintas a la cama.

Cuando Martín se disponía a hacer lo mismo, Pedro lo tomó del brazo.

—Antes de que te ates, necesito un favor más —dijo.

—¿Qué favor, Abu?

12

Apenas podía mantenerse en pie.

—En el piso hay una madera que tiene un color diferente a las demás —aguardó a que la ubicara—; si le das un golpe en uno de los extremos vas a notar que está suelta.

Martín siguió las instrucciones y descubrió que la tabla se movía. Sin mucho esfuerzo la levantó. Quedó al descubierto una libreta con tapas de cuero. A juzgar por el estado exterior, imaginó que había permanecido guardada en ese sitio durante mucho tiempo.

Se incorporó con la libreta entre las manos. Como pudo, sacudió el polvo que tenía acumulado y les dio una rápida mirada a las amarillentas páginas. Contrariamente a lo que imaginaba, nada de lo que había escrito le resultaba comprensible. Unos garabatos y extraños símbolos ocupaban las escasas hojas.

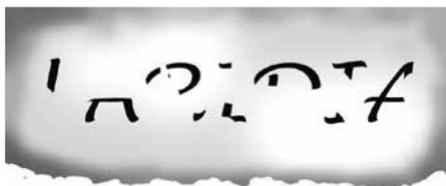
—Ese es el motivo de nuestro viaje —dijo Pedro.

—Ahora me vas a decir que vamos a buscar un tesoro —bromeó.

—Algo mucho más valioso.

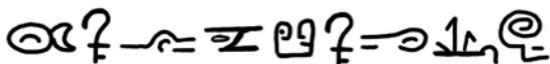
Los ojos del abuelo se llenaron de lágrimas.

Martín no entendía el porqué de la emoción, pero cuando se disponía a preguntarle, un tremendo sacudón hizo que perdiera el equilibrio y golpeará la cabeza contra la pared. Lo último que vio antes de desmayarse fue lo que estaba escrito en la primera hoja de la libreta que cayó abierta a su lado.



La imagen se hizo borrosa y todo se oscureció.

Un velero en la montaña



Cuando Martín volvió en sí, descubrió que estaba acostado y atado a la cama. Supuso que su abuelo lo habría cargado hasta allí. No estaba seguro de si había permanecido inconsciente durante horas o solo algunos minutos. Todo en la habitación giraba sin cesar.

15

Al cabo de unos segundos, notó que el velero ya no se movía. Como pudo, tratando de vencer el mareo, se paró. Apenas logró mantenerse de pie. Por un momento pensó que era por culpa del golpe, pero enseguida se dio cuenta de que el piso estaba muy inclinado, como si el barco estuviera recostado sobre uno de los lados. ¿Habrían encallado?

Miró la cama de Pedro y descubrió que estaba vacía.

—¡Abu! —gritó.

No hubo respuesta.

En el suelo aún estaba la libreta. La recogió y la guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Apoyándose en las paredes se dirigió hacia la cubierta del barco. Mientras avanzaba no dejaba de llamar a su abuelo una y otra vez.

Cuando llegó, el panorama que observó en el exterior lo dejó perplejo: era pleno día y el barco estaba encallado en una montaña de piedra, a unos trescientos metros de altura. La embarcación se encontraba a mitad de camino entre la base y la cima. A pesar de ser una locura, parecía que el velero hubiera volado hasta allí.

Se sintió abrumado. No entendía por qué el abuelo lo había dejado desmayado en el camarote y se había marchado. ¿Estaría del otro lado de la montaña? La sola idea de que se hubiese caído al mar lo hizo estremecer.

Pronto la descartó. Tenía que encontrarlo.

Volvió abajo; tomó una mochila y puso algunas cosas que creyó útiles para la búsqueda: cuerda, linterna, una bengala, un cuchillo, algo de abrigo, agua y comida.

Antes de salir decidió probar la radio para pedir ayuda. Conocía a la perfección todos los códigos de la navegación. Quizás algún barco cercano podría escucharlo.

—*Mayday, mayday, mayday*. Aquí el *María Bonita*. ¿Alguien me copia?

Nadie contestó al llamado.

—*Mayday, mayday, mayday*. Aquí el *María Bonita*. Estamos encallados. Nuestra posición es... —buscó en los instrumentos, pero ninguno funcionaba—. ¡Diablos! —maldijo.

El enojo fue tal que tiró el micrófono y se alejó rumbo a cubierta.

Cuando estaba por salir de la cabina, escuchó una voz femenina que provenía de la radio.

—Hola. ¿Hay alguien ahí?

Al final de las palabras se sintieron sollozos.

Martín corrió hacia el transmisor.

—¿Quién habla?

Parecía alguien muy joven.

—Soy Maite —se oyó, con voz temblorosa.

—Maite, necesito hablar con un adulto.

—Mi padre desapareció. No lo encuentro por ningún lado —volvió a escuchar el llanto.

—Tranquila, Maite. Yo soy Martín —dijo—. ¿Dónde está tu barco?

—No sé dónde estamos. Vas a pensar que estoy loca, pero creo que chocamos con una montaña —se le escapó una risita nerviosa al final de la frase.

—No estás loca —contestó, resignado—. Nuestro barco también golpeó contra una montaña. Por lo claro que nos escuchamos, debe ser la misma.

—¿Es una broma? —preguntó algo molesta.

—Eso quisiera —respondió Martín—. A nuestro velero le sucedió lo mismo, y lo peor es que mi abuelo desapareció.

—¡Auxilio! ¡Que alguien me ayude, por favor!

Maite había decidido no continuar la conversación. Era imposible que hablara en serio y ella no tenía tiempo que perder.

—No importa si no me crees —la interrumpió—. Voy a buscarte ya mismo. Tu barco debe estar cerca del mío; cuando me veas, lo vas a entender.

Dejó de lado la radio y regresó a la cubierta. Tenía que averiguar qué sucedía y hallar a su abuelo.

No le resultó sencillo desembarcar. La popa era la parte que estaba más cerca del suelo. Aun así, la distancia

hasta las rocas superaba los tres metros. Si saltaba desde esa altura, corría el riesgo de lastimarse o de rodar montaña abajo.

18 Luego de pensarlo, decidió utilizar la cadena del ancla para abandonar la nave. Si lograba bajar por allí, se acercaría lo suficiente al suelo como para saltar de manera segura. Pasó su cuerpo por encima de la baranda y se deslizó hasta que alcanzó el primer eslabón. Muy despacio y con cuidado, descendió. Al llegar al final, se soltó y cayó parado sobre las rocas.

Cuando miró hacia arriba, la imagen del imponente velero con la quilla incrustada entre las piedras lo sobrecogió. Ese barco había sido el sueño de Abu por mucho tiempo. No imaginaba la forma de volver a ponerlo en el mar para que navegara de nuevo. Pero no era el momento de preocuparse por eso. Primero tenía que encontrarlo, y después, entre los dos, buscarían la forma de salir de allí.

Con la ayuda de las manos y tratando de no resbalar, empezó a rodear la montaña.

Luego de algunos minutos de recorrida, divisó otro velero. Se dijo que tenía que ser el de Maite.

Apuró el paso. Mientras lo hacía, decidió gritar el nombre de la muchacha:

—¡Maite!

Nada sucedió. Avanzó unos metros más.

—¡Maite! ¡Soy Martín! —probó otra vez.

¿Y si ese no fuera el barco?

La figura que apareció en la cubierta terminó con la interrogante.